Lengua

3° año secundario

El Naturalismo: dinero y herencia. Fragmentos de En la sangre de Eugenio Cambaceres. El tema del inmigrante.



Eugenio Cambaceres fue un escritor y político argentino que nació en Buenos Aires en 1843 y murió en París en 1888. Hijo de un químico francés que se estableció en la Argentina hacia 1833 y heredó una regular fortuna que invirtió para convertirse en un poderoso estanciero, y de una porteña, Rufina Alais, hija del grabador inglés del mismo apellido. Hizo los estudios secundarios en el Colegio Nacional Central y luego se graduó de abogado en la Facultad de Derecho de Buenos Aires.

Ejerció un tiempo su profesión para intervenir más tarde activamente en política. En 1870 fue elegido diputado y en el mismo año fue nombrado secretario del Club del Progreso y en 1873 vicepresidente, pero la honradez de sus convicciones (denunció los fraudes de su propio partido) perjudicó su carrera política, y así, aunque en 1876 es reelegido diputado nacional renuncia a su escaño, y deja la vida pública para dedicarse a la literatura. Su contribución más importante en esta truncada carrera como político de ideas liberales fue impulsar la separación de la Iglesia y el Estado ante la Convención de 1871, en un discurso que luego fue publicado en la *Revista del Río de la Plata* y que causó mucha polémica.

Como escritor introdujo el naturalismo de Émile Zola y los Goncourt en la Argentina y los argumentos de índole realista y local con cuatro novelas de temática pesimista; las dos primeras son *Pot-pourri* (1881) y *Música*

sentimental. Silbidos de un vago (1884). Ambas carecen de un plan preciso y a veces de hilación, con historias de adulterios conyugales dentro de un ambiente de pesimismo y hastío. Lo novedoso de tratar tan escabroso asunto y sobre todo el tratamiento crudo del tema provocaron una repercusión escandalosa y la crítica no vaciló en atacar al autor. Este sólo corrigió en las obras posteriores la composición y el estilo literario, que mejoró considerablemente.

En 1885 dio a conocer su novela más significativa, llamada *Sin rumbo*, donde ofreció buenas descripciones de paisajes e interesantes anécdotas en torno a un asunto de patología sexual. El año antes de morir (1887) publicó *En la sangre*, historia de un hijo de inmigrantes italianos que busca abandonar su humilde origen y fuerza al matrimonio a la hija de un estanciero adinerado, para luego derrochar su fortuna y arruinar su vida. A través de sus escritos plasmó los problemas originados por la llegada de extranjeros a Argentina y los cambios sociales de su época.

Eugenio Cambaceres viajó por Europa y se encontraba en París cuando falleció a los cuarenta y cinco años, en 1888.

El naturalismo

Hacia 1880 el naturalismo era en Francia un movimiento que se había afianzado en forma definitiva en los medios literarios. Los pilares filosóficos del naturalismo fueron las ideas de Taine, que sentaron las bases de una literatura con carácter científico que utilizó para explicar al ser humano, las teorías determinantes de la raza y el medio. En la literatura francesa, el mayor exponente fue Emile Zolá, quien en su *Novela experimental* (1880) expone la teoría de esta escuela.

Respecto a las ideas que los naturalistas tenían acerca de la ficción y de la literatura, podemos mencionar las siguientes:

- la novela es una continuadora directa de la ciencia. El novelista debe operar sobre su obra, como un científico sobre su objeto de estudio.
- Uno de los fundamentos científicos de la novela es la utilización de documentos, de diccionarios, la observación directa de la realidad.
- Con el naturalismo, aparecen los bajo fondos y los personajes degradados (prostitutas, borrachos, dementes).
- La creencia en el determinismo del medio lleva a concebir la descripción como el recurso que explicará esta influencia sobre el personaje.
- La conducta de los personajes aparece siembre explicada por las leyes de la herencia.

El naturalismo en *En la sangre*

A diferencia del naturalismo en Francia, donde la teoría naturalista estuvo al servicio de la reivindicación de los más débiles; aquí se utilizó para denostar a la nueva figura social que representaba el inmigrante.

En la sangre, exponente cabal del naturalismo, narra la degradación de una familia, por la inclusión en su seno de Genaro, un hijo de inmigrantes, que en su búsqueda inescrupulosa de ascenso social, caerá cada vez más en la mentira, el engaño y el robo.

Vamos a trabajar cuatro capítulos de la novela *En la sangre*. Esta novela nos cuenta la vida de Genaro desde su nacimiento hasta su madurez. Leeremos los capítulos I y II, donde se relatan el nacimiento y los primeros años de Genaro, el X, donde se ve su relación con Máxima, su mujer, respecto al dinero y el último capítulo que muestra como se ha degradado y que plantea la posible continuación de su destino.

Si querés leer la novela completa, la podés encontrar en: http://www.biblioteca.clarin.com/pbda/novela/cambaceres/b-604456.htm

Capítulo I

De cabeza grande, de facciones chatas, ganchuda la nariz, saliente el labio inferior, en la expresión aviesa de sus ojos chicos y sumidos, una rapacidad de buitre se acusaba.
Llevaba un traje raído de pana gris, un sombrero redondo de alas anchas, un aro de oro en la oreja; la doble suela claveteada de sus zapatos marcaba el ritmo de su andar pesado y trabajoso sobre las piedras desiguales de la calle.
De vez en cuando, lentamente paseaba la mirada en torno suyo, daba un golpe -uno solo- al llamador de alguna puerta y, encorvado bajo el peso de la carga que soportaban sus hombros: "tachero"... gritaba con voz gangosa, "componi calderi, tachi, siñora?".
Un momento, alargando el cuello, hundía la vista en el zaguán. Continuaba luego su camino entre ruidos de latón y fierro viejo. Había en su paso una resignación de buey.
Alguna mulata zarrapastrosa, desgreñada, solía asomar; lo chistaba, regateaba, porfiaba, "alegaba", acababa por ajustarse con él.
Poco a poco, en su lucha tenaz y paciente por vivir, llegó así hasta el extremo Sud de la ciudad, penetró a una casa de la calle San Juan entre Bolívar y Defensa.
Dos hileras de cuartos de pared de tabla y techo de zinc, semejantes a los nichos de algún inmenso palomar, bordeaban el patio angosto y largo.
Acá y allá entre las basuras del suelo, inmundo, ardía el fuego de un brasero, humeaba una olla, chirriaba la grasa de una sartén, mientras bajo el ambiente abrasador de un sol de enero, numerosos grupos de vecinos se formaban, alegres, chacotones los hombres, las mujeres azoradas, cuchicheando.
Algo insólito, anormal, parecía alterar la calma, la tranquila animalidad de aquel humano hacinamiento.
Sin reparar en los otros, sin hacer alto en nada por su parte, el italiano cabizbajo se dirigía hacia el fondo, cuando una voz interpelándolo:
-Va a encontrarse con novedades en su casa, don Esteban.
-¿Cosa dice?
-Su esposa está algo indispuesta.
Limitándose a alzarse de hombros él, con toda calma siguió andando, caminó hasta dar con la hoja entornada de una puerta, la penúltima a la izquierda.
Un grito salió, se oyó, repercutió seguido de otros atroces, desgarradores al abrirla.
-¿Sta inferma vos? -hizo el tachero avanzando hacia la única cama de la pieza, donde

una mujer gemía arqueada de dolor:
-¡Madonna, Madonna Santa...! -atinaba tan sólo a repetir ella, mientras gruesa, madura, majestuosa, un velo negro de encaje en la cabeza, un prendedor enorme en el cuello y aros y cadena y anillos de *doublé,* muchos en los dedos, hallábase de pie junto al catre la partera.
Se había inclinado, se había arremangado un brazo, el derecho, hasta el codo; manteníalo introducido entre las sábanas; como quien reza letanías, prodigaba palabras de consuelo a la paciente, maternalmente la exhortaba: "¡Coraque Duña María, ya viene lanquelito, é lúrtimo... coraque!..."
Mudo y como ajeno al cuadro que presenciaban sus ojos, dejóse estar el hombre, inmóvil un instante.
Luego, arrugando el entrecejo y barbotando una blasfemia, volvió la espalda, echó mano de una caja de herramientas, alzó un banco y, sentado junto a la puerta, afuera, púsose a trabajar tranquilamente, dio comienzo a cambiar el fondo roto de un balde.
Sofocados por el choque incesante del martillo, los ayes de la parturienta se sucedían, sin embargo, más frecuentes, más terribles cada vez.
Como un eco perdido, alcanzábase a percibir la voz de la partera infundiéndole valor: *E lúrtimo... coraque!...*
La animación crecía en los grupos de inquilinos; las mujeres, alborotadas, se indignaban; entre ternos y groseras risotadas, estallaban los comentarios soeces de los hombres.
El tachero entretanto, imperturbable, seguía golpeando.

Capítulo II

Así nació, llamáronle Genaro y, haraposo y raquítico, con la marca de la anemia en el semblante, con esa palidez amarillenta de las criaturas mal comidas, creció hasta cumplir cinco años.
De par en par abrióle el padre las puertas un buen día. Había llegado el momento de serle cobrada con réditos su crianza, el pecho escrofuloso de su madre, su ración en el bodrio cotidiano.
Y empezó entonces para Genaro la vida andariega del pilluelo, la existencia errante, sin freno ni control, del muchacho callejero, avezado, hecho desde chico a toda la perversión baja y brutal del medio en que se educa.
Eran, al amanecer, las idas a los mercados, las largas estadías en las esquinas, las changas, la canasta llevada a domicilio, la estrecha intimidad con los puesteros, el peso de fruta o de *fatura* ganado en el encierro de la trastienda.
El zaguán, más tarde, los patios de las imprentas, el vicio fomentado, prohijado por el ocio, el cigarro, el hoyo, la rayuela y los montones de cobre, el naipe roñoso, el truco en los rincones.
Era, en las afueras de los teatros, de noche, el comercio de contra-señas y de puchos.
Toda una cuadrilla organizada, disciplinada, estacionaba a las puertas de Colón, con sus leyes, sus reglas, su jefe: un mulatillo de trece años, reflexivo y maduro como un hombre, cínico y depravado como un viejo.
Bravo y leal, por otra parte, dispuesto siempre a ser el primero en afrontar el peligro, a dar la cara por uno de los suyos, a no cejar ni aun ante el machete del agente policial, el pardo Andinas ejercía sobre los otros toda la omnipotente influencia de un caudillo, todo el dominio absoluto y ciego de un amo.
Tarde en las noches de función, llegado el último entreacto, a una palabra de orden del jefe, dispersábase la banda, abandonaba el vestíbulo desierto del teatro, por grupos replegada a sus guaridas: las toscas del bajo, los bancos del "Paseo de Julio", las paredes solitarias de algún edificio en construcción, donde celebraba sus juntas misteriosas.

Bajo el tutelaje patriarcal de Andinas, allí, en ronda todos, cruzados de piernas, operábase el reparto de las ganancias, la distribución del lucro diario: su cuota, su porción a cada cual según su edad y su importancia, el valor de los servicios prestados a la pandilla.
Las "comilonas", los "convites", a la luz apagadiza de un cabo de vela de sebo venían luego, el rollo de salchichón, la libra de pasas, la de nueces, el frasco de caña, la cena pagada a escote, robada acaso, *soliviada* del mostrador de un almacén en horas aciagas de escasez.
Como murciélagos que ganan el refugio de sus nichos, a dormir, a *jugar,* antes que acabara el sueño por rendirlos, tirábanse en fin acá y allá, por los rincones. Jugaban a *los hombres y las mujeres;* hacían de *ellos* los más grandes, de *ellas* los más pequeños, y, como en un manto de vergüenza, envueltos entre tinieblas, contagiados por el veneno del vicio hasta lo íntimo del alma, de a dos por el suelo, revolcándose se ensayaban en imitar el ejemplo de sus padres, parodiaban las escenas de los cuartos redondos de conventillo con todos los secretos refinamientos de una precoz y ya profunda corrupción.

Capítulo X

Lastimado, agriado, exacerbado a la larga, esa broma pueril e irreflexiva, esa inocente burla de chiquillos, había concluido, sin embargo, hora por hora repetida con la cargosa insistencia de la infancia, por determinar un profundo cambio en Genaro, por remover todos los gérmenes malsanos que fermentaban en él.
Y víctima de las sugestiones imperiosas de la sangre, de la irresistible influencia hereditaria, del patrimonio de la raza que fatalmente con la vida, al ver la luz, le fuera transmitido, las malas, las bajas pasiones de la humanidad hicieron de pronto explosión en su alma.
¿Por qué el desdén al nombre de su padre recaía sobre él, por qué había sido arrojado al mundo marcado de antemano por el dedo de la fatalidad, condenado a ser menos que los demás, nacido de un ente despreciable, de un napolitano degradado y ruin?
¿Qué culpa tenía él de que le hubiese tocado eso en suerte para que así lo deprimieran los otros, para que se gozasen en estarlo zahiriendo, reprochándole su origen como un acto ignominioso, enrostrándole la vergüenza y el ridículo de ser hijo de un tachero?
¿Le sería dado, acaso, quitarse alguna vez de encima esa mancha, borrar el recuerdo del pasado, veríase irremediablemente destinado a ser un objeto de mofa y menosprecio, entre sus compañeros ahora, entre hombres después, cuando llegara a ser hombre también él?
Un sentimiento de odio lo invadía, de odio arraigado y profundo, que no podía, que no hacía por sofocar en su corazón contra la memoria de su padre, del viejo crápula, causa de su desgracia.
Recordaba el día de la escena en el mercado, su historia contada a voces por el chino pescador ante un auditorio absorto, su triste historia que tanto habíase esmerado siempre en ocultar a los ojos de los otros estudiantes, hablando de bienestar, de la decencia, de la riqueza de su familia, mintiendo, en sus nacientes ínfulas de orgullo, una distinta condición social para los suyos.
La rabia, el despecho, un deseo loco de vengarse lo asaltaban. ¡Oh!, ¡si hubiese podido apoderarse del canalla que lo había vendido, descubierto y cebarse, encarnizándose en él, matarlo... pero matarlo imponiéndole mil muertes, que mil veces sufriera lo que él sufría, gozándose en atormentarlo, a fuego lento, a chuzazos, como por entre los postes de los corrales del alto, armado de un cortaplumas en los días de rabona, habíase solido pasar horas él, entretenido en chucear las reses embretadas!

La negra perspectiva del porvenir que se forjaba, la idea de que no llegaría jamás a cambiar su situación, de que sería eterna su vergüenza, la humillación que día a día le hacían sufrir sus condiscípulos, de que siempre, a todas partes llevaría, como una nota de infamia, estampada en la frente el sello de su origen, llenaban su alma de despecho, su corazón de amargura.
¿Pero qué, no era hombre él, debía por ventura resignarse así, cobardemente, conformarse con su suerte, sin luchar, sin sublevarse, doblar el cuello, dejar que se saliesen los otros con la suya, que lo siguiesen afrentando, mirándolo desde arriba, habituados a manosearlo, a no ver sino a un pobre diablo, a un infeliz en él, al hijo del gringo tachero?
-No -llegó a exclamar un día en un desesperado arranque de bestia acorralada.
El los había de poner a raya, los había de obligar a que se dejaran de tenerlo para la risa... les había de enseñar a que lo trataran como a gente... ¡Y ya que sólo en el azar del nacimiento, en la condición de sus familias, en el rango de su cuna, hacían estribar su vanidad y su soberbia, les había de probar él que, hijo de gringo y todo, valía diez veces más que ellos!...

Capítulo XLIII

Como va el animal desbocado que corre a estrellarse contra un muro, va y se estrella, así y no obstante sus solemnes juramentos, acudió Genaro a su mujer en demanda de nuevas sumas de dinero:
-¿Pero dime, que no tienes ni pizca, ni un poquito de vergüenza tú, ni una gota de sangre en las venas... y te atreves, después de lo que has hecho, a venir a verme todavía y a pedirme?...
-¿Qué sucede , qué pasa, hija, di, a asunto de qué me sales a mí con eso?
-¿De qué? ¡De todo, de tus embrollas, de tus enredos y ruines trapisondas, de tu última hazaña sobre todo, de la conducta pérfida que conmigo has observado, de la iniquidad que has cometido arrancándome lo que, como un estafador vulgar, como un bribón me has arrancado!
-¿Qué sabes, te han dicho? Y bien, sí, es cierto, he faltado, me he conducido muy mal, lo confieso, te he engañado... pero también ponte en mi caso tú.. . ¿qué querías que hiciera, qué habrías hecho tú misma en mi lugar?
-¿A mí me lo preguntas?
-Cargado, acribillado de deudas, perseguido a muerte por mis acreedores, con tres letras protestadas ese día, amenazado de verme hundido en la opinión como insolvente, señalado acaso con el dedo como quebrado fraudulento y sabiendo que nada de otro modo habría obtenido de ti, que nada me habrías dado tú, tú que habías sido mi ángel tutelar, sin embargo, mi única providencia hasta entonces...
¡Ah perdóname, soy antes que un culpable un pobre hombre desgraciado, más que tu enojo y tu despecho, merezco tu compasión, perdóname!...
-Se acabaron ya esos tiempos... he aprendido, me has enseñado por mi mal a conocerte y sé quien eres. No esperes llegar a persuadirme con embustes y nuevos artificios, ni que me deje yo ablandar ahora como antes, por esos aires de hipócrita que afectas, ¡farsante, cínico!
Estaba que trinaba su mujer... era claro, era evidente, nada iba a conseguir, ni medio de ella iba a sacar tocándole esa cuerda.
-¡Máxima! -exclamó Genaro entonces cambiando de tono bruscamente, brillando el fuego de la ira en su mirada, acusándose en los pliegues de su labio-, no me insultes, no me ofendas sin derecho ni razón... estoy resuelto a mostrarme contigo bueno y tolerante, a no salir de la calma y la templanza que me he impuesto; acabo de soportar de ti palabras duras que persona alguna en el mundo otra que tú, osara impunemente dirigirme...
¡Pero cuida de lo que haces, reflexiona, mira de no poner a prueba mi paciencia, que

podría tal vez costarte caro!
-¿Con ésas me vienes, con amenazas ahora? Pierdes, te lo prevengo, lastimosamente tu tiempo -repuso ella provocante-, inventa algo mejor -y clavando en su marido la mirada, una mirada de encarnada y profunda hostilidad- ¿qué más, dime, qué desgracia mayor puede llegar a sucederme a mí que la ignominia de tener un marido como tú?
-¡El remordimiento de haber sido la causa de mi muerte!... -a la vez que echaba mano a la cintura y con trágico ademán empuñaba un pequeño revólver de bolsillo, como fuera de sí, vociferó Genaro.
-¿Matarte tú?... no eres capaz... ¡los cobardes no se matan!
Con la expresión de quien se siente vacilar y no acierta en la duda a resolverse, permaneció inmóvil él, de pie, un instante.
¿Qué diría, qué haría, qué le quedaba que hacer o que decir, por dónde era mejor que reventase?... y sin articular palabra al fin, atropelladamente salió.
Había alcanzado a pisar el umbral de la puerta de calle; detúvose de pronto. ¿Llevaba puesto su sombrero? Sí, lo tenía. Dirigió hacia adentro la vista y esperó, trató de oír. Nada, un completo silencio en la casa; ningún ruido se percibía, ninguna voz, nadie lo llamaba.
¿Lo dejaría salir así su mujer, sería capaz, habiéndole dicho él que iba a suicidarse nada menos, tan a fondo lo tendría calado que le había conocido el juego y ni duda siquiera conservaba de que fuese una grotesca farsa la suya... o tanto lo aborrecía, era tal y tan profunda su aversión, que llegaba acaso hasta alegrarse, hasta felicitarse en el fondo de que cargara el diablo con él?
Maquinalmente cruzó Genaro la calle, por la vereda opuesta avanzó con lentitud en dirección al Norte.
Y miraba, volvía a cada paso la cabeza esperando alcanzar a distinguir, a la incierta luz de gas, la silueta de Máxima en la puerta, ver que asomaba la sirvienta, salía corriendo en su busca, chistaba, lo alcanzaba y lo llamaba azorada en nombre de la señora.
Fiasco, había dado fiasco, un fiasco completo... ni más ni menos que como a un perro lo miraba... y era un hombre, sin embargo, el que acababa de anunciar su resolución de matarse y a su propia mujer era a quien se lo había dicho, y de su propia casa, del seno mismo de su hogar, que esa prueba de helado desafecto le llegaba...
Solo, solo, lo había estado, lo estaría toda su vida, siempre, era fatal... Indiferencia, cuando no alejamiento, repulsión, era lo que había encontrado él, lo que había cosechado a lo largo de su camino...
-Solo, solo -repetíase Genaro tristemente, dominado, a pesar suyo, por una extraña y afligente impresión de desamparo, como sintiendo que zozobrara su ser en las tinieblas de un vacío inconmensurable.
No, era injusto, la vieja, la pobre vieja, ella sí únicamente...
Y años enteros hacía que ni palabra le escribía a la madre, y muchas veces ni el trabajo de leer sus cartas se tomaba... Siempre la misma historia, también, la misma música, el sempiterno estribillo... que no quería morirse sin verlo, que fuese a Europa él, que ella enferma, paralítica, tullida como estaba de pies y manos, ni pensar podía en moverse.
¡Eh! su madre, prorrumpió Genaro, con desesperado gesto de rabia y desaliento, dejándose caer sobre uno de los bancos de la Plaza del Parque, los codos en las rodillas, la frente entre las manos; su madre y su hijo y él y su mujer y todos y todo... ¡empezaba a tener hasta por encima del alma ya, a estar harto!
¿Qué halago, qué aliciente la existencia le ofrecía, qué vínculos a la tierra lo ligaban? ¿El deber? ... ¿Y el deber, qué era, qué lo constituía, quién lo fijaba, qué autoridad lo demarcaba... por qué no había de consistir eso, lo que llamaban deber, en agarrar cada cual por donde más le cuadrara y mejor le conviniese?
¿La ambición lo haría vivir, el anhelo de ser o de hacer algo? Todo su afán, su solo

sueño había sido el dinero, lo había tenido y para perderlo y perderse él era para lo que le había servido...
¿Acaso la voz del corazón, la fuerza, la vehemencia del sentimiento, amor, cariño por los suyos, por alguien en el mundo? No sabía lo que era querer él, a nadie quería, jamás había querido... ni a su hijo, ni a su madre... ¡hallábase a punto de creer que ni a él mismo!
Y si tal había nacido, si así lo habían fabricado y echado al mundo sus padres, ¿era él el responsable, tenía él la culpa por ventura? No, como no la tenían las víboras de que fuese venenoso su colmillo.
Pero ¿qué misión en la vida era la suya, cuál su rol, qué hacía, para qué demonios servía entonces?
¡Oh! para nada, pero nada bueno, ni útil, ni digno, ni justo de seguro.
Podía cuanto antes llevárselo la trampa, un mandria, un trompeta menos...
Y de él tan sólo, de él únicamente dependía; bien sencilla era la cosa.
Allí, por ejemplo, en aquel instante mismo, solo, de noche, en una plaza... Sentía el bulto, el peso del revólver sobre su muslo; dentro del bolsillo del pantalón... cuestión de un minuto, de un segundo, de meter la mano, llevarse el arma a la sien y apretar el gatillo bruscamente, como quien pega cerrando los ojos un tirón.
Sí, pero no lo haría, estaba a mil leguas de hacerlo, se necesitaba ser un hombre para eso y él no lo era, había dicho una gran verdad su mujer, era un cobarde, un collón él.
No, no lo haría, de pensarlo nada más, de llegar a figurárselo siquiera, sentía que le temblaban miserablemente las carnes.
¿Matarse él, por bellaco y por canalla, sentenciarse él mismo a morir y escapar de ese modo a la vergüenza?... Nunca, jamás... ni de ese triste rasgo de nobleza, ni de esa última, ni de esa única prueba de valor y de entereza era capaz.
¡Pobre, miserable, cubierto el cuerpo de andrajos y de lacras, comiendo cáscaras, pudriéndose en un calabozo de la cárcel sin esperanza de salir de él, había de querer vivir todavía, viviría, seguiría prendido con dientes y uñas a la vida, como los perros a las osamentas!...
No enloquecerse el soldado, el centinela ese que se paseaba de guardia frente al portón del Parque...¡no antojársele agarrarlo a tiros, voltearlo a él de un balazo por detrás, sin que sintiese!
Semejante a algún animal enorme y monstruoso, algo a la vez como de serpiente y de ballena, escupiendo entre las sombras altos chorros de vapor, un tren cruzaba, silbaba, se arqueaba, crujía en la brusca curva de la plaza, al penetrar en la estación.
¿Qué hora era ya? Sacó Genaro su reloj: las doce y media de la noche.
¿Y tendría alma de presentarse, de volver muy suelto de cuerpo a su casa... en puntas de pie iría a meterse, corrido, abochornado, con el rabo entre las piernas, como un pichicho?...
Lo que se reiría Máxima de él, el gesto que haría, un soberano gesto de desprecio, si no de repugnancia, un gesto de asco al oírlo entrar... ¡Ahí estaba el farsante ese, el muerto, el suicidado, sano y bueno... degradado... inservible!...
¡No; era mucho, demasiado eso ya, como para que se le cayera la cara, la jeta, de vergüenza!...
¿Qué se había figurado la muy canalla, que iba a poder ponerlo como un trapo, como un suelo, así, sin más ni más? ¡Ya vería si se había de jugar con él, si era hombre él de dejarse manosear impunemente por una mocosa como ella!
Y sin darse cuenta exacta del propósito que lo guiaba, incierto de lo que haría, ignorando aún a qué iba y para qué a punto fijo, sabiendo sólo que la idea de dañar, de causar mal, la necesidad, una necesidad imperiosa y repentina de vengarse lo impulsaba, emprendiendo a pasos precipitados el camino de su casa, acababa Genaro de abandonar su asiento.
¿Qué se había creído su mujer?... la había de parar de punta, varas la había de levantar, las hechas y por hacer le había de pagar... ya vería, ya iba a saber lo que

era bueno... qué se había figurado, qué se había creído, rabiosamente murmuraba, repetía entre dientes al andar.
Llegó dando de empujones a las puertas, cerrándolas a golpes, con estrépito, como cantan los cobardes para infundirse valor. Entró a la sala, pasó por la antesala, penetró hasta el aposento de su mujer despierta aún:
-¿Me firmas el pagaré, me entregas el dinero, sí o no?
-No.
-¿No?
-¡Una y mil veces no!... soy la dueña yo, me parece...
-¿La dueña, dices? de tu plata, pero no de tu culo... ¡de eso soy dueño yo!...
Y arrojándose sobre ella y arrancándola del lecho y, por el suelo, a tirones, haciéndola rodar, dejó estampados los cinco dedos de su mano en las carnes de su mujer.
-¡Miserable! -gritó Máxima corriendo desaforada, yendo a ocultar su vergüenza-, ¡miserable! -oyósela que exclamaba desde la habitación contigua- ¡miserable, miserable! -repetía más allá, brotaba palpitante esa única palabra de su labio, como sangre que fluyera de la herida mortal de su pudor.
El, entretanto:
-Andá no más, hija de mi alma... no son azotes... -gruñó-, ¡te he de matar un día de estos, si te descuidás!

El tema de la herencia

El concepto de la herencia de instintos y tendencias, tópico fundamental del naturalismo, va siendo lentamente redondeado por el autor.

Si bien apenas aparece en su primera novela (*Pot-pourri*) donde se dice de un personaje "instintivamente inclinada al mal", va adquiriendo importancia en sus otras novelas hasta transformarse en un elemento estructural en *En la sangre*.

Actividades

Actividad 1

Rastreá en los capítulos leídos cómo aparece el tema de la herencia y el determinismo que ella implica para la vida de Genaro.

El afán por el dinero

Frente a la espiritualidad de "los otros", inteligentes y generosos, los inmigrantes han extinguido su vida espiritual a favor de lo material, representado por la comida y el dinero. Frente a la espiritualidad de la "elite" del ochenta, los inmigrantes, Genaro, en este caso, está impedido de la función intelectual; en cambio, el modo de ascender socialmente está dado a través del dinero, al que considera siguiendo la herencia paterna "mejor y más sustancioso que la gloria" (cap. XXXVIII).

Actividad 2

1. ¿Cómo aparece en los capítulos que leíste el tema del dinero?
2. Compará esta relación de Genaro con el dinero, con la que aparece en "Vida moderna" y en "Los siete platos de arroz con leche". Tené en cuenta lo que leíste en el párrafo anterior.

La xenofobia

"Algunos personajes, aquellos que no entran en la escala del autor, están sometidos a un tratamiento desindividualizador, se los rebaja no dándoles nombre: el padre de Genaro es "el tachero", "el italiano", "el gringo". En general, los integrantes de las clases bajas son tratados a la distancia y francamente desdeñados" (Andrés Avellaneda, *Historia de la Literaura Argentina*, CEAL).

Actividad 3

1. ¿Cómo aparece en estos capítulos el tratamiento desinvidualizador?
2. También estos personajes aparecen animalizados (comparados o tratados como animales). ¿Qué ejemplos encontraste?

Hemos terminado el trabajo de esta segunda etapa.

Vimos en estos tres últimos encuentros las características de la llamada "Generación del ochenta" y algunos de sus escritores más significativos: Wilde y Mansilla y la escritura fragmentaria y periodística. Trabajamos *Vida Moderna* y Los *siete platos de arroz con leche* y sus características en relación con la época en que se produjeron. Por último, estudiamos a Cambaceres y su novela naturalista *En la sangre*.